

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

C. Vic. Fernando D. de Estrada,

EN LA APERTURA DE LA ESCUELA

“LA LUZ,”

VERIFICADA EN LA

CAPITAL DEL ESTADO DE CAMPECHE,

EL 16 DE SETIEMBRE DE 1876.



CAMPECHE.

Imprenta de la Soc. Tip. de T. Aznar B. y P. Baranda.

CALLE DE LA AMERICA, NUM.—20.

1876.

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

D. Juan Rodríguez de la Higuera

EN LA APERTURA DE LA ESCUELA

“LA LUZ”

VERIFICADA EN LA

CAPITAL DEL ESTADO DE CAMPECHE

EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 1876



CAMPECHE

Imprenta de la Soc. de T. de A. y L. de la
Calle de la Armada No. 10

1876

Discurso pronunciado por el C. Lic. Fernando D. de Estrada, en la apertura de la escuela «La Luz,» verificada en la Capital del Estado de Campeche, el 16 de Setiembre de 1876.

Señores:

La solemnidad á que asistimos es de tan gran importancia, de tanta trascendencia, como lo son todos los actos que influyen de una manera directa y eficaz en el porvenir de las sociedades. La escuela, único templo digno de la civilizacion actual, debe ser y es la base de los adelantos que conquista dia á dia el espíritu democrático del siglo, y debe ser tambien el apoyo mas firme de las instituciones que dominan en los pueblos libres.

México que por diversas y felices circunstancias ha logrado consolidar en su territorio esas liberales cuanto nobles instituciones, despues de haber recobrado dos veces su santa independendencia; México que no contento con haber aniquilado la conquista, quebrantando con mano firme las cadenas de la tiranía, ha hecho pedazos los grillos de la ignorancia y sacudido el nefando yugo del fanatismo; México que, erijiendo un altar á la razon y tributando un culto á la libertad, ha llegado con la libertad hasta lo divino y con la razon hasta el apoteósis; México que ha sustituido al despotismo con la fraternidad, á la fé con el libre exámen, al dogma con el criterio individual, á la fuerza con la razon y al derecho divino con la soberania del pueblo; México, en fin, que á costa de inmensos sacrificios ha podido alcanzar un lugar distinguido en-

tre las naciones cultas y respetables; México, Señores, no podía detenerse en la senda gloriosa que con tan brillante éxito recorriera; no podía, no debía permitir que el desaliento ó el abandono destruyera en su origen la obra progresista que iniciara tan venturosamente; era necesario continuar, era preciso que el gérmen de la perfeccion se desarrollara, para gozar de sus preciosos frutos. Y por eso, comprendiendo que solo la constante propagacion de los principios sellados con la sangre de sus mártires podía dar cima á la alta empresa acometida; comprendiendo que el resultado apetecido no se obtendría sinó mediante el poderoso auxilio de la instruccion del pueblo, y persuadido de que la semilla bienhechora no fructificaria sin el fecundo y benéfico abono de la enseñanza, México, aprovechando los cortos instantes de respiro que las luchas intestinas le permitieran y utilizando los pocos elementos que las circunstancias de la situacion le brindaran, ha trabajado sin descanso por la ilustracion de las masas, ha alzado á la escuela de la decadencia en que se hallaba y elevádola á la altura en que la contemplamos y que le corresponde, ha proclamado el gran principio de las sociedades modernas, haciendo obligatoria la enseñanza, ha honrado y enaltecido al maestro, y en una palabra, ha hecho tantos y tan grandes esfuerzos, se ha desvelado tan incesantemente en conseguir su objeto, que en el espacio de diez años, puede decirse que se ha regenerado, redimiendo á sus hijos de la esclavitud de la ignorancia y abriendo un ancho campo á las generaciones venideras que, nutridas con el alimento generoso de la instruccion, no temerán ni los horrores de la invasion y de la conquista, ni el estigma vergonzoso que imprimen en la frente de los pueblos la intolerancia y la tiranía.

Empero, nosotros que por fortuna somos miembros de la gran familia mejicana; nosotros que tenemos á orgullo pertenecer á esa heróica Nacion que ha dado tan severas lecciones á las potencias europeas y ha presentado un digno modelo que imitar á las nacionalidades de América; nosotros, Señores, habrémos sido ménos que nuestros hermanos en esa cruzada civilizadora? ¿nos habrémos, acaso, retrasado en la rentora propaganda de la ilustracion?..... El acto solemne que nos reúne en este lugar es la respuesta mas satisfactoria que puede darse; es la prueba mas indestructible de que el Estado de Campeche no ha dejado nunca de cooperar á los triunfos de la gran Confederacion de que forma parte, no ha desertado un solo dia de las banderas del progreso. El Estado de Campeche, sin grandes elementos, sin extraños auxilios, combatiendo sin tregua contra preocupaciones y dificultades de todo género, atravesando circunstancias difíciles y venciendo infinitos obstáculos, ha marchado sin detenerse por la via de la libertad y de la perfeccion. Y con su conciencia en el pasado, su inquebrantable voluntad en el presente y su fé en el porvenir, ha arrostrado todos los peligros, ha arrollado cuanto le estorbara á su paso y ha conseguido, al fin, ver consumados sus deseos y coronados sus afanes con la gloria de haber ayudado á la República en la noble tarea de la emancipacion del pueblo; trabajo gigantesco que ha formado época en la historia de México, y época que deberá llamarse de su renacimiento.

Y ved porqué feliz casualidad, Señores, en la Capital de este Estado que tan eficazmente ha contribuido á la regeneracion del pueblo mejicano, de este Estado que ha sido uno de los primeros en realizar el bello ideal de la civilizacion en la ense-

fianza, celebramos hoy el aniversario de la mas brillante de nuestras glorias patrias, inaugurando un plantel de instruccion, haciendo brotar un nuevo manantial de ciencia que, aumentando el copioso raudal de los muchos que ya existen en el Estado, saciará la sed de la juventud que, ávida de saber, irá á refrescar sus ardorosos labios en sus purísimas y saludables aguas. ¡Rara y dichosa coincidencia que, haciéndonos recordar que la conquista fué obra de la ignorancia, nos indica cómo debemos precavernos contra los atentados de los pueblos que, dándose pomposamente el dictado de cultos, juzgan en su arrogante vanidad salvajes á los otros pueblos y se arrojan al derecho de civilizarlos! Tales atentados no pueden prevenirse sino desvaneciendo el grosero error que los engendra; difundiendo con profusion las luces, á fin de que sus resplandores, deslumbrando á esas Naciones sábias y magnánimas, les hagan comprender una vez por todas que nos bastamos á nosotros mismos y que, en consecuencia, agradecemos pero no aceptamos la limosna de ilustracion que generosamente nos ofrecen.

Mas perdonad, Señores, si he cansado vuestra atencion, divagándome del objeto que nos ha traído á este santuario de la ciencia y permitiéndome haceros reflexiones de que no teneis necesidad; pero la fecha de este dia que nos recuerda el mas hermoso de nuestra existencia política ha despertado en mi alma los mas sagrados sentimientos, arrancándome esas frases, tal vez inoportunas, que no son sino la efusion del patriotismo y que os ruego disimuleis.

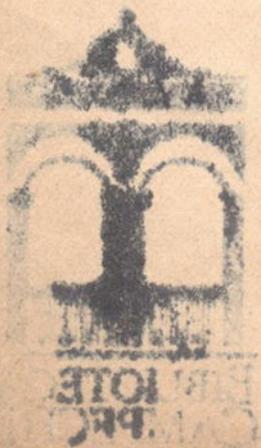
El establecimiento de enseñanza primaria «La Luz» que se instala hoy bajo los auspicios del Gobierno del Estado y del Municipio, no tiene únicamente el mé-

rito que reconocemos en la generalidad de los planteles de instruccion. Su importancia es mas grande; su mision mucho mas noble y elevada. Es un templo erijido y consagrado á la mujer; su tabernáculo es accesible exclusivamente para ella. ¿Puede darse objeto mas sublime? ¿Hay algo sobre la tierra mas digno de amparo, mas merecedor de afecto, mas acreedor á proteccion, que la mujer, esa bella porcion de la humanidad, esa criatura, tierna y débil, sensible y cariñosa, que completa al hombre, que lo deleita con su amor, que lo engrandece con su virtud y lo fortifica y lo sostiene en los amargos trances de la vida con su inagotable abnegacion? Obsérvese á la mujer en las diversas situaciones de la vida, estúdiésela en los varios caracteres que representa en la escena del mundo, y siempre se la encontrará digna de estimacion, de gratitud y de respeto. Hija, sostiene el ánimo abatido del anciano padre, consolándole con sus ternezas en sus aficciones, y enjuga con mano cariñosa las lágrimas de la madre, desolada por el infortunio ó por el abandono; esposa, estimula al esposo para el trabajo con su constante laboriosidad y lo arma contra la adversidad con el ejemplo de su santa y nunca desmentida resignacion; madre, endereza los vacilantes pasos del inocente niño, hácia la virtud, nutriendo su alma con las máximas piadosas de la moral, así como nutre su cuerpo con las emanaciones de su propia sangre. Pero inútil y ocioso es continuar en esta serie de observaciones sobre las diferentes circunstancias de la vida de la mujer; en todas ellas se la mira mostrándose grande, noble, magnánima; en todas se la contempla como la mitad mas hermosa é interesante de la humanidad, como el ser mas privilegiado de la creacion.—Y si esto es innegable, cómo dejar perderse esos tesoros de suprema felicidad?



¿cómo ver con indiferencia á esa flor que perfuma nuestra existencia exhalar su purísimo aroma en el inmundo cieno de la ignorancia y acaso de la corrupcion? ¡Oh, no, de ningun modo! Si la mujer es, como no cabe duda, parte de nuestro propio ser, si ella es nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra dicha; si la mujer es la base de la familia y la mas espléndida gala de la sociedad, seria de nuestra parte, no un egoismo, sino un crimen sin nombre, segregarla de la sociedad y de la familia, consintiendo que sus dotes magníficas se desnaturalicen ó desaparezcan en medio de una vida de embrutecimiento y de cinismo. Abandonar á la mujer á su propia suerte, entregarla á sus naturales inclinaciones, seria exponerla á que su juicio, dominado y guiado por la debilidad que es en ella característica, se extraviara en la senda fatal de las pasiones; seria hacer de una ilusion bellísima, una terrible decepcion, de un ángel de candor, una despreciable Mesalina, de una púdica Vírgen, una Bacante ó una Vénus.

Así lo han comprendido todos los pueblos de la tierra, y por eso aun los antiguos, entre los cuales era considerada como esclava y hasta como una mercancía, no descuidaban totalmente la educacion de la mujer, pues si bien la que se le brindaba apénas merecia tal nombre, era proporcionada á las costumbres poco civilizadas de aquellos pueblos y no podia exigirse mas. En Esparta, por ejemplo, las jóvenes se educaban en el gimnasio; allí aprendian á ejercitarse en la lucha, en la carrera y en el tiro, con el objeto de que dieran á la patria hijos robustos, de la misma manera que, á su vez, los jóvenes eran adiestrados en el robo, para enseñarles á ser vijilantes y hacerlos estratéjicos en la guerra. Puerilidades bien absurdas son hoy á nuestros ojos semejantes sistemas



de educacion; pero si nuestro criterio filosófico se fija en la oscuridad de aquellos tiempos y en la índole especial de aquel pueblo que cifraba toda su grandeza en las facultades físicas de sus hijos y en los triunfos funestos de la guerra, serémos mas clementes en nuestro juicio y confesarémos que la educacion de la mujer no estaba abandonada, como no lo estaba la del hombre.

A semejanza de la Esparta, pudiera citar otros pueblos de la antigua Grecia, así como igualmente el Egipto, la China y otras Naciones, donde aunque muy limitada y muy extravagante la educacion de la mujer, no carecia completamente de ella. Pero viniendo á tiempos mas cercanos, y sin detenerme en la época floreciente del Imperio de Roma, basta echar una ojeada al siglo sexto, para notar que, bien sea por la influencia bienhechora que, á no dudarlo, ejerció el cristianismo, bien por efecto de la moderna civilizacion importada del Norte por los bárbaros, la condicion de la mujer mejora de un modo notable; mejora que ya en el siglo antecedente habia iniciado Justiniano en sus inmortales monumentos de legislacion, concediendo á la mujer gran parte de los derechos civiles concedidos al hombre.

Natural era, pues, que ocupando la mujer un rango social mas distinguido que en las antiguas sociedades, su instruccion fuera mas perfecta, y así era en realidad; pero la verdadera emancipacion de la mujer, y de contado el cumplido progreso de su educacion, en vano lo buscaremos en aquellas edades. Las instituciones cristianas, por muy sábias y demócratas que fueran en su origen, no dejaban de estar sujetas á la ley universal de las trasformaciones y corruptelas á que están sometidas invariablemente las obras humanas. Así se explica que la Iglesia, por una

série de causas que es supérfluo determinar, pero que pueden todas reducirse á una sola—su aspiracion al dominio del mundo—fué alterando desde los primeros siglos de su existencia las filosóficas doctrinas de su fundador hasta llegar á corromperlas de una manera escandalosa.

Apropiándose despues, como se apropió, el poder temporal, su influencia en la sociedad fué mas decisiva de lo que ántes lo era, y esta influencia se hizo sentir naturalmente, no solo en todos los ramos de la Administracion pública, sino hasta en el santuario de la familia. No es, por lo mismo, en la época de Constantino, ni en la de Justiniano, ni en otras posteriores, donde encontraremos la redencion de la mujer. Necesitamos avanzar algo mas.

No entraré en el análisis de las causas que produjeron en los pueblos modernos de la Europa ese espíritu de sublevacion contra los sucesores de San Pedro y contra el derecho divino, como única forma de gobierno. Solo haré constar que su efervescencia se marcó de una manera amenazante con Lutero en el siglo diez y seis y con Cromwell en el siglo siguiente. Echada la semilla en buen terreno, la fructificacion era forzosa y se efectuó. La revolucion política iniciada en Inglaterra con la decapitacion del infortunado Cárlos 1º debia consumarse mas tarde, al elevarse la guillotina en el siglo pasado, para el no ménos infeliz Luis 16. Pero la revolucion francesa no fué estéril como lo fué la que le precedió. Conmoviendo á la Europa en todos los ámbitos de su territorio, esa revolucion, mas social que política, sancionó en medio de los cadalsos los derechos del hombre y con una línea de sangre trazó á los pueblos la senda del progreso. Y la mujer no fué olvidada en ese glorioso trastorno de los principios y del

órden sociales. Ella fué reconocida en toda la plenitud, en toda la majestad de sus derechos, y proclamada la compañera natural del hombre, el elemento constitutivo de la familia y de la sociedad.

El siglo actual, abarcando con mirada de águila el pasado, inspirándose en las lecciones de la historia, en las costumbres y en los principios de las otras épocas, absorbiendo y reconcentrando las últimas pero soberbias glorias del siglo 18 y recojiendo los vívidos destellos de ese astro que se llamó revolución francesa, el siglo actual se ostenta como la realidad de esa utopia feliz que soñaran los iniciadores del perfeccionamiento humano; aparece como la última etapa en el camino del mejoramiento social; se presenta desafiando al porvenir, como la negacion de todo adelanto en los siglos futuros, como *el no mas allá* de los avances del progreso. ¿Y sería imaginable que este siglo, que empuña el estandarte de la gloria y de la excelsitud de la humanidad, negara á la mujer el lugar que ha alcanzado á costa de tantos años y tantos sacrificios, y que le corresponde de derecho? ¡Imposible! La humanidad avanza siempre, nunca retrocede, y este principio, que ha formado conviccion en el ánimo de los pueblos, ha sido practicado felizmente desde principios del siglo diez y nueve por todas las Naciones civilizadas, respecto á la educacion de la mujer. ¡Y entre esas Naciones ha figurado México! México que, si durante su penoso y prolongado vasallaje permaneció extraño á toda clase de adelanto, merced á las caducidades de su rancia tutora, al sacudir el pupilaje se levantó digno y ansioso de respirar en la atmósfera vivificante y regeneradora de la libertad, de la cultura y del progreso.

Entónces saludó á la mujer con el respeto que debe tributársele, declarándola libre é igual al hom-

bre; entónces le devolvió sus legítimos títulos, la restituyó al puesto que la misma naturaleza le designara y comenzó á trabajar por su engrandecimiento, dándole por cimiento la instruccion.... Se ha abierto, pues, una nueva era para la mujer, y la senda tapizada de flores que se presenta ante su vista le augura un porvenir risueño; pero, aquí deberá concluir nuestra tarea? ¿Se llenarán nuestros deberes con lo que hasta hoy hemos hecho con esa preciosísima mitad del género humano? No por cierto, Señores. Debemos completar nuestra obra. No debemos descansar un instante en la educacion de la mujer; trabajemos sin cesar en ella. Procurémosle una instruccion, ya que no variada y profunda, sólida y abundante. Ilustrémosla siempre, siempre, y no nos desdijemos de ponerla á nuestro nivel. No sigamos la perniciosa máxima de los que, en su orgullo ó en su demencia, afirman que la mujer no es apta sino para reducidos y determinados estudios ¿Cómo puede sostenerse tamaño absurdo? ¿Qué razon plausible puede darse para proferir especie tan injusta? ¿La experiencia...? Pero la experiencia nos acredita dia con dia lo contrario! La naturaleza además nos enseña que ella está dotada de las propias facultades intelectuales que nosotros; porqué, pues, dudar que sea tambien capaz de perfeccionarlas con el estudio? El célebre Juan Jacobo Rousseau ha dicho, á este propósito, que la mujer carece de inteligencia para la literatura y para las ciencias; pero al filósofo de Ginebra lo desmiente la historia con innumerables ejemplos y en su propia patria le refutan tan injustificable cargo Madama Staël y la hermana del gran Pascal.

Por otra parte, nosotros no debemos ni podemos aspirar á formar en el bello sexo literatas, ni eruditas, ni geómetras. Debemos, sí, enseñarles á conocer

su origen, sus derechos, sus deberes y la línea de conducta que deben seguir en sociedad; debemos instruir las en todo lo que sea necesario para que consigan el alto fin á que están destinadas; debemos, en una palabra, ilustrar y mejorar con la educacion sus dotes naturales, para evitar que la ignorancia las envuelva en su red degradante y las arrastre hasta donde no es posible calcular. A esto está limitada nuestra obligacion y á esto están ceñidas nuestras facultades. Proporcionándoles una mediana, pero escojida y sana educacion, cumpliremos nuestro deber y las haremos dignas de ser lo que ser deben: la base fundamental de la familia y el ornato de la sociedad. Los genios no se improvisan en las escuelas; su origen es mas elevado. De consiguiente, si una mujer ha de ser una inspirada poetisa ó una gran pensadora, por sí sola se formará; pero entre tanto, no privemos á la generalidad de la enseñanza que tanto necesita para llevar á cabo su sagrada mision.

Reflexionemos que la dignidad y la virtud de la mujer son la garantía y el escudo de nuestro honor y de nuestra felicidad, y tengamos presente que no puede existir ni dignidad, ni virtud, ni ningun sentimiento honrado, en el seno de la abyecta ignorancia.

¡Adelante, pues, adelante! Continuemos, como hasta aquí, señalando todos los actos de nuestra vida con una nueva muestra de proteccion á la educacion de la mujer. No cesemos de fundar otros y otros planteles de enseñanza; hagamos ésta obligatoria para las niñas, como ya la hemos hecho para los niños, y esforcémonos, en fin, cuanto dable nos sea, para conseguir alzar á la mujer sobre el pedestal de la ciencia y de la virtud que es el de nuestro porvenir, de nuestra felicidad y de nuestra gloria.

Dos palabras, para concluir, Señores. El establecimiento de instruccion pública «La Luz», que se instala en estos momentos, promete un éxito feliz para la juventud que en él ha de educarse. La proteccion del Superior Gobierno del Estado que la ha dispensado siempre con mano pródiga á esta clase de mejoras sociales y las conocidas y relevantes prendas de su apreciable Director hacen esperar mucho de él para lo venidero. Hagamos, pues, votos sinceros por que nuestras esperanzas se realicen y por que, siendo la nueva escuela un verdadero foco luminoso, esparza profusamente la instruccion entre sus educandas y dé, mas adelante, honra á sus fundadores y al Estado.

